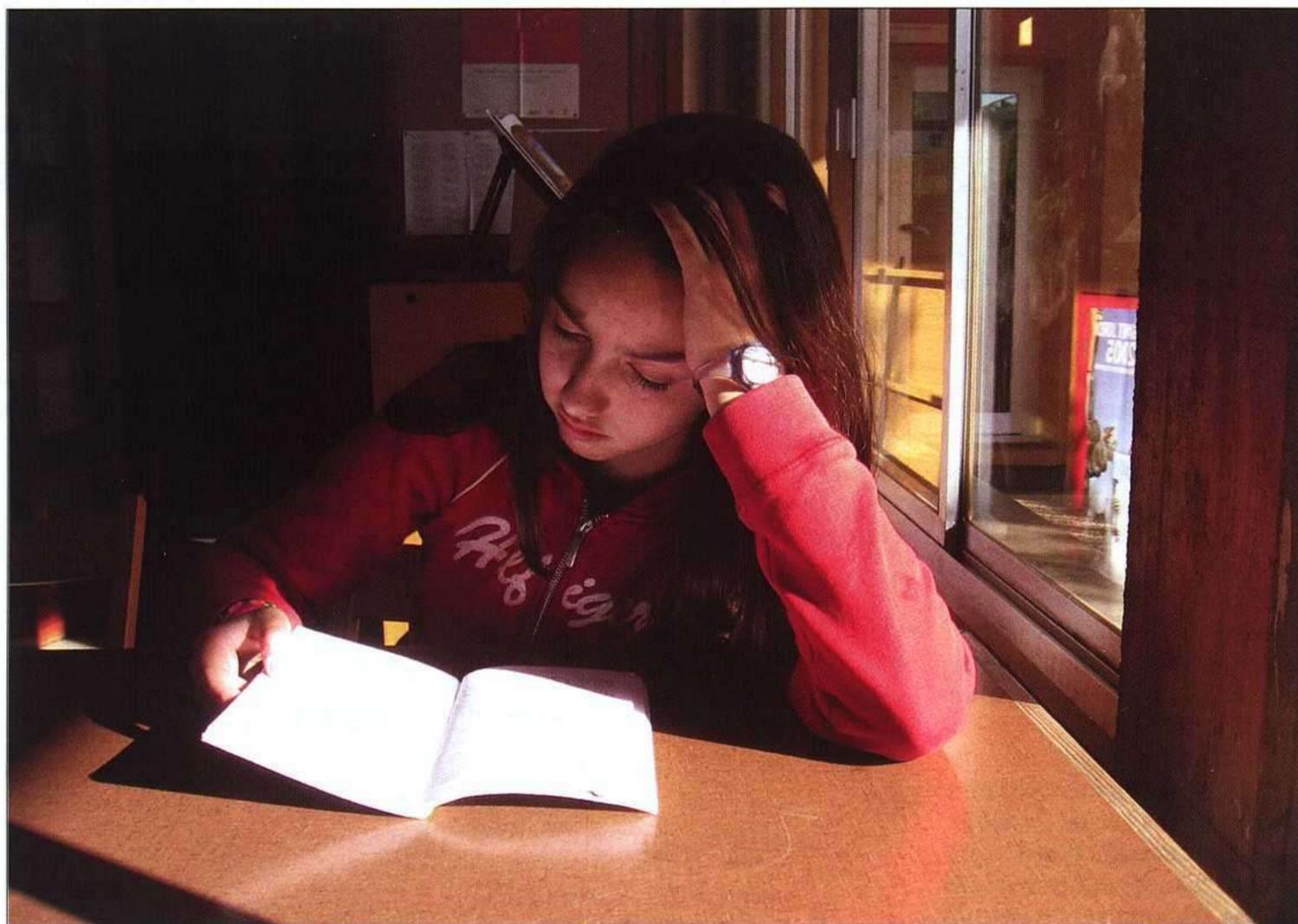


Estrategias de lectura: vivir la pasión para contagiarla

Silvia Adela Kohan*



Para contagiar a los alumnos la pasión por la lectura, el profesor debe sentir él mismo esa pasión, debe ser un lector asiduo, en primer lugar. Luego vendrán las recetas y los métodos para «animar» a la lectura, como leer en clase fragmentos de libros a diario, no imponerles lecturas, sino convertir a los alumnos en recomendadores, etc.

Animación a la lectura de los adolescentes? ¿Por qué no animación a la lectura de los profesores? Vivir la pasión para contagiarla. Ni más ni menos. La experiencia me conduce a esta conclusión. Después, se trata de cómo llevar a cabo el contagio.

En principio, creo que los profesores debemos reflexionar cada tanto sobre nosotros mismos, sobre nuestra función, nuestras necesidades y carencias, nuestros deseos y, en consecuencia, sobre nuestras formas de actuar.

En este sentido, considero decisiva la predisposición en todas las experiencias de la vida: predisponerse para vivir. Así, a la hora de fomentar la lectura entre los adolescentes, predisponerse es tener las antenas preparadas para captar los modos más eficaces de hacerlo; ya sabemos que no se trata de aplicar recetas sino de crearlas. Pero ¿cómo?

Para empezar, es aconsejable descartar ciertos estereotipos como el de que los *no lectores* lo son para siempre; si se incentiva el deseo del no lector se obtienen buenos frutos.

En segundo lugar, alimentar la fluidez y la flexibilidad, bases del ser creativo, valerse de la propia experiencia, la experiencia de «el que está leyendo», confiar en uno mismo o en una misma en lugar de recurrir siempre al saber de «los que saben». Seguro que si hago el intento, si me arriesgo, descubriré que yo también sé y que soy capaz de decirlo «a mi manera».

Y, especialmente, ¡vaya compromiso ineludible!, ser un lector asiduo: el profesor que no lee no puede pretender que sus alumnos lean.

Es en este momento cuando me pregunto si tal vez la animación a la lectura no debería ser la animación a la lectura de los profesores. Porque no son pocos los profesores con los que me he topado que no recuerdan cuándo leyeron el último libro. ¿Cuál es el riesgo? Que pretenden aplicar una fórmula desde fuera, es decir, desde las recetas que recogen en los talleres, en los manuales o que les pasan sus compañeros, y no desde su interior.

Los adolescentes son como esponjas, pero para que absorban hay que transmitirles lo que queremos transmitirles con pasión, y, en este caso, la pasión la pro-

porciona la práctica cotidiana de la lectura por placer.

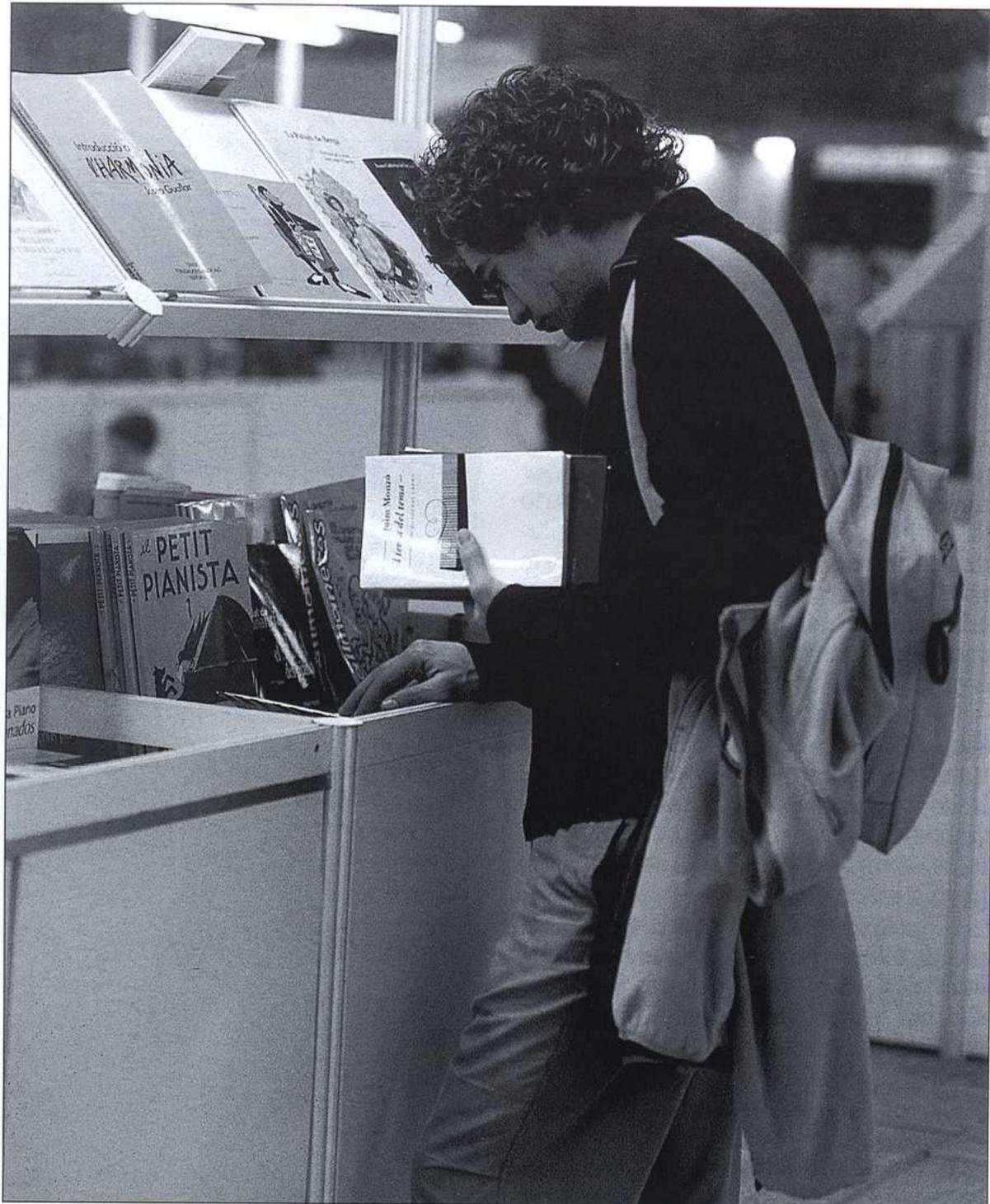
Se pueden aplicar muchas técnicas, muchas consignas prácticas, pero si no se aplican desde el propio placer, se quedan en un acto mecánico que puede resultar inútil. Y aunque ya se sabe que la imitación de padres y otros parientes lectores es básica («¿Cómo animar a los padres también?», escucho que me susurra la voz de un profesor), aunque ya se sabe también que lo ideal sería que en todas las casas se leyera, se debería prescindir de ellos. ¿Prescindir de los padres? Sí, por el momento. Y darse cuenta de que esta reiterativa preocupación es una forma de proyectar en los padres lo que debería ser una ocupación prioritaria del profesor. Cuando los adolescentes no leen no hay que echar las culpas al entorno familiar, sino mirarse a uno mismo en su papel de profesor-lector.

¿Cómo conseguirlo? Disfrutar de la lectura, así de simple y no tan simple. Tal vez nos ayude en la tarea recordar que la lectura es una pócima de salud, que nos recrea las ideas, los sentimientos, los deseos de hablar y muchas veces de escribir, que es atreverse a pen-

sar, que nos permite explorar los problemas e identificarnos con unos personajes o una situación particular. Intentarlo es la meta: rescatar al lector agazapado que hay en cada uno de nosotros. No os arrepentiréis de intentarlo. Ya os daré más pautas al respecto.

Una provocación sigilosa

Una vez conseguida esta plataforma de lanzamiento (desechar prejuicios, crear y leer), la provocación a los alumnos no debe ser explícita. No hay que dejar entrever a los adolescentes que se los está motivando a leer. Llevarlo a cabo de modo aparentemente *casual*, no *causal*, con la actitud del mago o del chismoso: «Te voy a contar un secreto...». Así lo hacía Jorge Luis Borges, al que tuve como profesor en mi época adolescente. Nos decía que si un libro nos aburría lo abandonásemos; que el verbo *leer*, como el verbo *amar* y el verbo *soñar*, no soporta el modo imperativo; que la lectura es una de las formas de la felicidad y no se puede obligar a nadie a ser feliz.



ANA PEYRÍ.

Sin embargo, afirmaba también: «Dejé sin terminar casi todos los libros que me hacían leer en el colegio secundario y muchos años después los leí con placer. Algo había en la obligatoriedad sin motivación del colegio que me hizo perderme años de maravillosas experiencias. Ejemplos que recuerde: el *Quijote*, *Moby Dick*, Shakespeare».

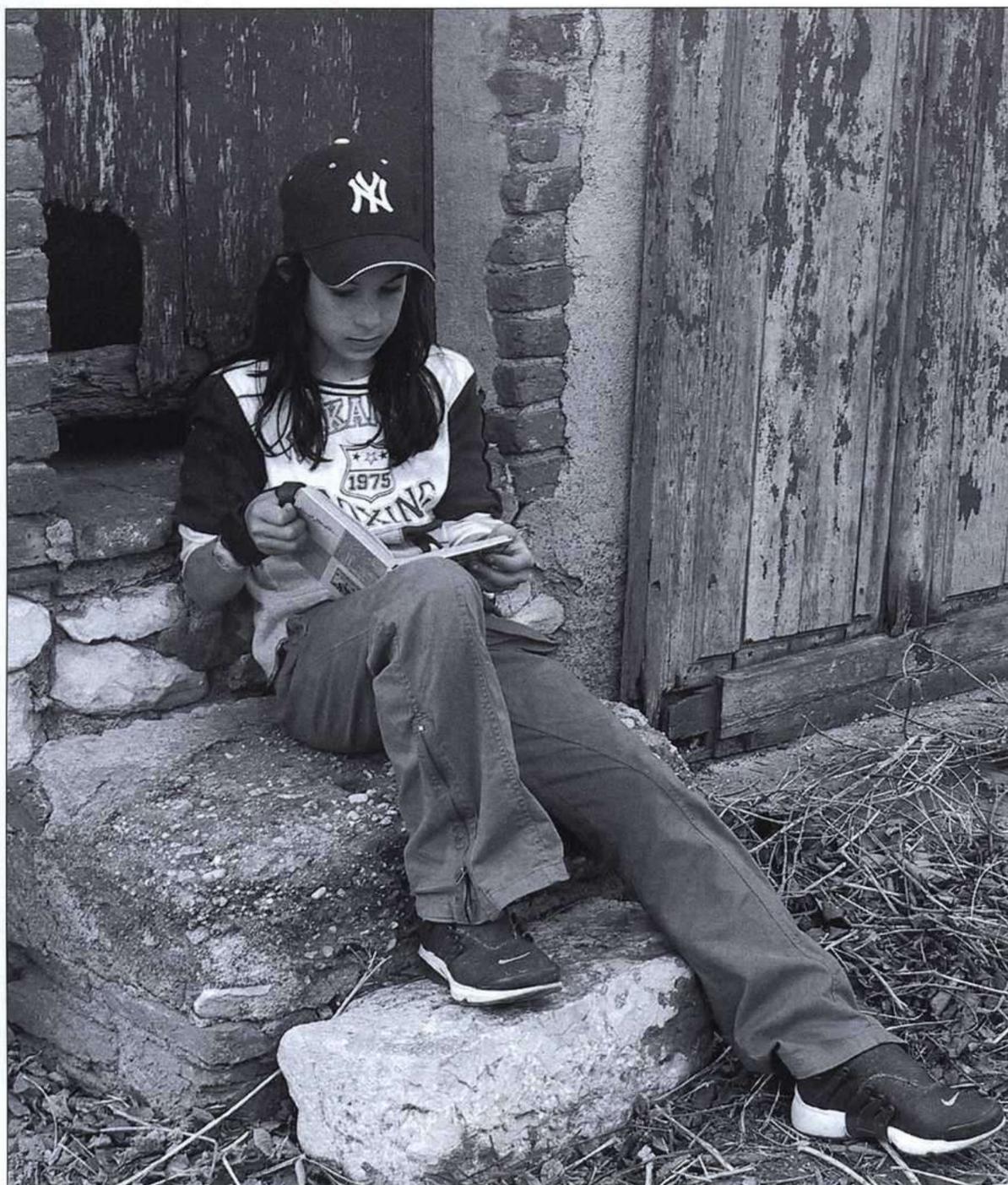
Por su parte, Guillermo Cabrera Infante contaba que su profesor de Literatura les narraba como al pasar historias: la de un marinero que tras 10 años de viajes y penurias regresa a su hogar y sólo es reconocido por Argos, su perro, lo llevó a leer la *Odisea*.

El gusto por la lectura se transmite como el interés por una película: contándola bien. «Hay que hechizar, y por eso son tan importantes los maestros, porque son los encargados de desplegar el hechizo», decía Juan Marsè.

¿Cómo demostrar, mientras tanto, la pasión?

Con el tono de voz, la actitud, la postura. Leer en clase, sin duda. Dramatizar lo que se lee. Leerles fragmentos de un texto a diario. Hay que tener paciencia hasta que los alumnos se entusiasmen. Se puede empezar con resúmenes enigmáticos de lo que se les va a leer. Organizar el taller de lectura como un momento especial, misterioso y privilegiado. Ayudarlos a imaginar. Crearles curiosidad. El ser creativo es un ser curioso. Sé de una profesora que suele motivarlos antes de cada lectura abriéndoles una serie de expectativas recurriendo a elementos de la lectura misma, sutilmente, como una buena actriz, y le da muy buenos resultados. Por ejemplo, les pregunta «¿Conocen a alguien que viva en la copa de un árbol?», cuando de eso trata la lectura; crea una ambientación previa; se dispone ella misma, y dispone a los alumnos, a vivir la experiencia. Cada lectura se experimenta como un acto único y diferenciado.

En realidad, se trata, por una parte, de no dar por sentado «lo que les gusta» a los adolescentes y, por otra, de convertirse en su cómplice y no en su juez. He aquí buena parte del secreto del éxito.



ANA PEYRÍ.

No dar por sentado lo que les gusta

Se suele escuchar a los padres diciéndoles a los hijos en las librerías: «Elige otro, éste no te va a gustar». ¿Cómo lo saben? ¿Qué razones nos convierten en dueños del gusto del otro? Padres y profesores en su papel de manipuladores.

Por lo tanto, conviene descartar mandatos (tan parecidos a los estereotipos) como el de «lo apropiado» y «lo inapropiado» para cada edad, el de la conveniente elección de un género determinado: el terror, el humor, la acción. No confiar a pies juntillas en las indicaciones «para niños de tantos a tantos años»; recordar que el interés de las editoriales es siempre vender más y por eso fomentan estas clasificaciones.

Se suele afirmar: «Los niños prefieren los cuentos cortos», «Prefieren el diálogo... la acción, detestan las descripciones...», sin darles lugar ni tiempo a saber qué escogerán, y así los alejamos de su deseo. Tal vez hagan las elecciones más impensables y, seguramente, serán

las mejores, porque las han hecho los sujetos que van a vivir la experiencia. Para orientarlos en ese camino, para ayudarlos a escoger —cuando lo necesitan— no queda tampoco más remedio que ser un buen lector y ejercer a fondo la libertad interior.

Como condición insustituible, el placer de la lectura necesita del azar, el azar de la elección. Recuerdo a un chico de unos 14 años, al que todos consideraban muy maduro, encantado con un cuento para pequeños que narraba la historia de una cucaracha que se hacía gran amiga de las abejas después de pasar por muchas dificultades. O a una niña de 12, encantada con un libro de historia que sus padres le habían prohibido y que devoraba a escondidas.

Ser cómplice y no juez

En lugar de imponerles lecturas, convertir a los alumnos en recomendadores. En lugar de darles listas de libros para leer, intentar que busquen y sugieran



PAULA RICART.

ellos, que los chicos se recomienden libros unos a otros. Así serán lectores intensos y extensos. A la crisis de autoridad en la etapa adolescente se suma el que ejerza una mayor influencia la persuasión que la imposición. La ausencia de imposiciones por parte de las personas mayores y la relación con lectores de su edad, con sus mismas inquietudes, da buenos resultados, influye en sus decisiones sobre la lectura.

Cada cual vive una experiencia propia al leer: tengo una amiga que cuando se siente oprimida recurre a la lectura de Virginia Woolf y así recupera la libertad.

Ser cómplice es evitar la interpretación previa de un texto. Decirles cómo deben leer, cuál es el recorrido que deben hacer dentro del texto o qué deben entender, es ningunearlos. Se suelen anticipar las claves, explicar lo que cada uno puede entender a su manera, desmontar el texto pieza a pieza, reducirlo, glosarlo. O se les hacen preguntas que inducen a que digan lo que esperamos

que digan. Digamos no a la partitura. No hacerles «rendir cuentas».

La idea es darles la palabra a ellos, escuchar sus interpretaciones, no desvalorizarlos y dar lugar a la polémica: eso va a reforzar la lectura de cada uno, ya que les hace bien hacer frente a las opiniones diferentes, la oposición, la constatación de las diferencias y las convergencias. Se trata de multiplicar las opciones en lugar de reducirlas a la de la interpretación oficial y correcta. Leer igual que se escucha música, que se ve una película o un programa de televisión, sin ese respeto que aleja de la lectura, como quiere Stevenson. De este modo, en lugar de consumir lo ya masticado por otros, pueden indagar en su propia vida, en sus razonamientos, valorar sus conclusiones, defenderlas o encontrarles nuevos sentidos, y producen conocimientos.

Recurrir también a los juegos más comunes, ayuda. De hecho, reúno muchos juegos y experiencias en dos libros recientes: uno es *Taller de lectura: el método*, que acaba de publicar Alba, y tam-

bién se pueden aprovechar los que incluyo en el otro, *Consignas para el escritor*, de Grafein Ediciones, porque, al mismo tiempo, es conveniente la práctica de la escritura creativa paralela a la de la lectura, por distintas razones. Entre ellas, dos fundamentales: la primera es que escribiendo comprenden de qué están hechos los cuentos y las novelas: lo comprenden desde la práctica y no desde la teoría. La segunda es que pueden sentirse escritores y leerles a sus compañeros lo que ellos mismos producen. De este modo, en el taller de escritura se consigue de forma natural que los adolescentes escriban, que se lean entre sí y se escuchen, que corrijan jugando los textos de los compañeros y que busquen la mejor manera de comunicar lo que desean por escrito.

Últimas reflexiones

¿Cómo es posible sostener y acompañar sin dirigir? es la pregunta que podemos hacernos.

Unidas a la pasión van la paciencia y la constancia, valores que no suelen habitar en un espíritu desapasionado. Pero insisto, no lo consigue quien no lee al menos unos minutos por día; decir «no tengo tiempo» es mentirse a uno mismo. Siempre hay unos minutos antes de dormir para entrar en el mundo de papel que un buen cuento o una buena novela ofrecen, y esos minutos se multiplicarán con el tiempo. ¿Acaso no nos queda tiempo para lavarnos los dientes?

Finalmente, como lectores asumidos, los profesores «contagian» la pasión de la lectura. Se contagia el deseo de emprender el viaje, de vivir la aventura, de descifrar el enigma, de observar y leer el mundo antes de darse cuenta de que se está leyendo un libro. Sorprenderse porque alguien se atreva a vivir en la copa de un árbol ya es probablemente el comienzo del ser lector.

Con el tiempo, el contagiado encuentra sus propios métodos de selección y disfrute. ■

***Silvia Adela Kohan** es directora de la revista *Escribir y Publicar*. También dirige los Talleres literarios Grafein, en Madrid. Es autora de *Taller de lectura* (Alba), *Disfrutar de la lectura* (Plaza y Janés) y *Hacer escribir a los niños* (Grafein).